

que era la aversión que le inspiraba la muchedumbre y el que tomase parte en los negocios del Estado. El pueblo de Valladolid, fuertemente conmovido por los acontecimientos de Oviedo, de la Coruña y de León, y no queriendo mostrarse más insensible que las otras provincias del Norte á la noticia de las abdicaciones, se reunió, acudió delante de los balcones del capitán general D. Gregorio de la Cuesta y le obligó á que se presentase. Aquel anciano militar apareció con semblante descontento, y trató de oponer algunas sensatas razones á una sublevación cuando las tropas francesas se encontraban á tan corta distancia; pero su voz fué sofocada por los gritos y la rechifla. Trajo el pueblo una horca, la instaló frente de la casa del general y éste á su vista se rindió, dando su consentimiento para lo que consideraba como una locura. Valladolid tuvo su junta, su levantamiento en masa y su declaración de guerra.

También se insurreccionó Segovia, ciudad situada á corta distancia del camino de Madrid, á pesar de hallarse á pocas leguas de sus puertas la tercera división del general Dupont, que era la de Frere acampada en el Escorial. Había en el alcázar que la domina un colegio militar de artillería, el cual se pronunció y alzó en la ciudad barricadas auxiliado por el paisanaje de su vecindario. Siguió el ejemplo á la derecha Ciudad Rodrigo, y asesinó á su gobernador porque no había andado bastante listo en sublevarse. Agitóse la población madrileña con estas noticias; pero el cuerpo del mariscal Moncey, la guardia imperial, la caballería entera del ejército y, por último, la presencia del cuerpo del general Dupont en el Escorial, en Aranjuez y en Toledo, no consentían que obrase de conformidad con su espíritu; fuera de que, como la capital creía haber tributado su homenaje patriótico con el 2 de mayo, esperaba que las provincias de la monarquía acudiesen á arrancarle las esposas que le sujetaban. Toledo había dado señales de querer sublevar pocas semanas antes; pero atemorizada había vuelto á la obediencia y esperaba también que la libertasen, presenciando con mal disimulada satisfacción los esfuerzos universales de la indignación nacional. Participaba la Mancha de este mismo espíritu y hacía de él alarde ocultando á los desertores del ejército, quienes encontraban doquiera albergue, víveres, auxilios de toda especie para pasar á las provincias más remotas, donde había núcleos de tropas españolas.

Pero la feraz y poderosa Andalucía, que confiaba en su propia fuerza y en la distancia que la separaba de los Pirineos y que aspiraba á ser el nuevo centro de la monarquía desde que Madrid obedecía al extranjero, fué una de las primeras que se resintieron de la ofensa hecha á la dignidad española. No esperó como otras provincias el día de San Fernando, sino que le bastó la noticia de las renunciaciones, y en la noche del 26 de mayo estalló su sublevación. Hacía ya algún tiempo que se conspiraba en Sevilla; el conde de Tilly, personaje noble, de origen extremeño, hermano de otro Tilly que se había hecho notable en la revolución francesa, hombre de ánimo inquieto, emprendedor, mal afamado y dado á novedades de toda especie, obraba secretamente de acuerdo con hombres de todas clases para preparar un levantamiento contra los franceses. Otro personaje, llamado Tap y Núñez, más singular todavía é igualmente extraño en

Sevilla, pero que figuraba mucho desde los últimos acontecimientos, conocido como una especie de aventurero que se empleaba en hacer contrabando con Gibraltar, aunque por lo demás buen español, dotado de maravilloso tacto para dirigir las turbas, había logrado adquirir un inmenso ascendiente sobre el populacho de aquella ciudad. Concertóse con los conjurados que acaudillaba el conde de Tilly, y así que llegó la noticia de las abdicaciones, fijaron de común acuerdo el 26 de mayo, día de la Ascensión, para llevar á cabo el levantamiento de la provincia. En efecto, el 26 por la noche, habiendo acudido gran gentío por ellos convocado y en el que andaban entremezclados paisanos y soldados del regimiento de Olivenza al gran edificio de la maestranza de artillería, que contenía un considerable depósito de armas, lo invadieron y desocuparon. Armóse en breves instantes el pueblo de Sevilla, y se dió con feroz alegría á recorrer las calles de la vasta población y como el ayuntamiento había dejado desierta la casa ciudad para poder deliberar con más calma é independencia trasladándose al hospital militar, se apoderó de ella é instaló allí una junta de insurrección, lo mismo que se estaba verificando en toda España. Tap y Núñez, que la dirigía, designó los individuos que habían de componerla, siguiendo la inspiración de los que con él conspiraban. Eligióse por lo general gente á propósito para épocas de agitación, esto es, hombres turbulentos y unos pocos hombres de juicio para cubrir la arrebatada índole de los demás. Llena esta junta de orgullo andaluz, no vaciló en proclamarse *Junta suprema de España y de las Indias*, con lo que revelaba su ambición de gobernar toda la península durante la ocupación de las dos Castillas por los franceses. Hízose todo esto con un entusiasmo difícil de pintar; pero al día siguiente degeneró, como era de esperar, de exagerado en sangriento, y las autoridades municipales refugiadas en el hospital militar empezaron á parecer sospechosas como toda autoridad añeja, porque, según ya dijimos, el interés que á la sazón exaltaba con el disfraz del realismo era la demagogia. Acusábase á los concejales de tibieza patriótica y aun de secreta connivencia con el gobierno de Madrid: el conde del Águila, que era entre ellos el principal, caballero de los más notables de la provincia, fué á presentarse en su nombre á la junta para ponerse con ella de acuerdo. Al verle el populacho, pidió enfurecido su cabeza: la junta, que no participaba de los sentimientos feroces del populacho, trató de salvarlo y fingió, al efecto, que lo enviaba preso á una de las fortalezas de la ciudad. Durante el tránsito á ella, los insurgentes se apoderaron del desventurado conde del Águila, lo condujeron violentamente al patio de la prisión, lo ataron á una balastrada y lo fusilaron, paseando luego por las calles los despojos de su cadáver. En medio de la embriaguez popular y del terror que comenzaba á apoderarse de las clases elevadas, se tomaron multitud de medidas que las circunstancias requerían: se decretó la declaración de guerra á la Francia, un alistamiento general de todos los hombres desde 16 á 45 años, y que se enviasen comisionados á todas las ciudades de Andalucía, para sublevarlas y reunir las á la junta que se constituía en *Junta suprema de España é Indias*; estos comisionados debieron dirigirse á Badajoz, Córdoba, Jaén, Granada, Cádiz y el Campo de San Roque. Al

declarar la guerra á la Francia, se contrajo el compromiso de no deponer las armas hasta que Napoleón hubiese devuelto á la España á Fernando VII y se prometió convocar terminada la guerra las cortes del reino, á fin de introducir las reformas cuya utilidad, decían, se hacía sentir y cuyo mérito apreciaban, sin necesitar que los extranjeros los iniciasen en el conocimiento de los derechos de los pueblos: los nuevos sublevados comprendían que era necesario oponer á la Constitución de Bayona algunas promesas de mejoras.

Hacia Cádiz fué principalmente hacia donde se dirigieron todas las miradas, como residencia del capitán general Solano, marqués del Socorro, quien reunía al mando de la provincia el de las numerosas tropas españolas en el Mediodía de España. Habíanle enviado un comisionado para decidirle á que tomase parte en la insurrección, y otro al general Castaños, comandante del Campo de San Roque. El enviado á Cádiz, que fué el conde de Teba, se presentó allí con todo el orgulloso ceño insurreccional de la época, el cual cuadraba mal dirigiéndose al marqués del Socorro, hombre de carácter fogoso, altivo, muy querido del ejército y amado de la población, y que como todos los militares instruidos estaba convencido del poder de la Francia, juzgando era imprudente la insurrección á que con ceguedad se lanzaban. Así lo había dicho al volver de Portugal, tanto en Badajoz como en Sevilla, con una entereza que impuso á los conspiradores, los cuales la recordaban y desconfiaban de él. El general Solano convocó en su casa un consejo de generales para que se enterasen de las proposiciones que se hacían desde Sevilla; aquella reunión fué de parecer, lo mismo que él, de que considerada militar y políticamente era disparatada la idea de contrarrestar á la Francia con las armas; pero dictó una declaración en que, después de condenar la insurrección y votar por ella, mandó hacer alistamientos voluntarios, accediendo por mera deferencia á un deseo popular que acababa de declarar insensato. Este documento, en que corrían parejas la condescendencia y la censura, produjo en las calles de Cádiz, donde se leyó públicamente, la más profunda sensación. Agolpóse el gentío en torno de la morada del capitán general Solano, logró turbar á aquel valiente militar, más acostumbrado á mandar que á argüir con semejantes interlocutores, y le arrancó la promesa de que al día siguiente quedarían plenamente satisfechos los deseos del pueblo. Aunque contento con esto, quiso el populacho disfrutar el placer de hacer destrozos, é invadiendo la morada del cónsul francés Mr. Leroy la saqueó completamente. El desgraciado representante de la Francia, tan temido hasta entonces, no tuvo más remedio que refugiarse á bordo de la escuadra del almirante Rosily, que hacía ya tres años esperaba en vano en la bahía de Cádiz una ocasión favorable para salir á la mar.

Al día siguiente concibió el populacho un nuevo deseo: el de comenzar sin dilación la guerra contra la Francia acribillando á balazos con toda la artillería de la bahía á la escuadra del almirante Rosily. La sola idea de este triunfo hacía delirar de gozo á aquella gentualla: triunfo contra una marina aliada, tan fácil y necio, como provechoso á la marina inglesa. No era del todo fácil, sin embargo, destruir unos navíos montados y comandados por hombres tan decididos como los desgraciados

héroes de Trafalgar, que habían sabido arrostrar la muerte en su puesto en aquel terrible combate, mientras los marinos españoles huían casi todos del campo de batalla (1). Estaban además tan entremezclados con

(1) El autor de la presente traducción se cree obligado á aprovechar esta ocasión de vindicar á la armada española, nuevamente calumniada por Mr. Thiers en este recuerdo del combate de Trafalgar, para que no se entienda que da por verídica la relación de aquel malhadado suceso hecha en el libro XXII, traducido por otra mano. Ya en otra ocasión se ha hecho mérito del interesante libro que con el título de *Combate de Trafalgar*, etc., ha dado á luz el señor don Manuel Mariani, aconsejando su lectura como el mejor correctivo de los errores en que, con desdoro de nuestra gloriosa marina, incurre torpe ó malignamente el historiador francés. De esta obra sacamos los siguientes hechos, sobradamente justificados.

Después de confesar Mr. Thiers que el navío español *Santa Ana* fué el que echó á pique al *Real Soberano*, cuenta entre los navíos que mal dirigidos se habían sotaventado y que no habían cumplido con su deber al *Bahama*, al *Montañés* y al *Argonauta*, suponiendo que estaban á la derecha y detrás del puesto que debían ocupar en la línea de batalla. Mandaba el *Bahama* el brigadier don Dionisio Alcalá Galiano: este navío, de setenta y cuatro cañones, estuvo en el puesto que debía ocupar, y bien lo atestigua la muerte heroica de su comandante. Al principio formaba parte de una expedición de reserva, sobre la que (trocado el orden de batalla por mero capricho de Villeneuve, envidioso de la gloria que una posición acertada prometía á Gravina) vino á caer lo más recio de la contienda. La retaguardia resultó vanguardia, el centro quedó lo que era, la vanguardia resultó retaguardia y la reserva quedó á la cola. Tocóle al *Bahama* ser combatido por dos y luego por tres navíos ingleses. Fué Galiano herido en el rostro por un astillazo, después de haber recibido una contusión en una pierna. Un navío inglés se situó en esto por la aleta de sotavento del *Bahama*, y le acribillaba á balazos, sin ser casi ofendido. Mandó Galiano arribar un poco para dar un tanto el costado á su contrario; en la arribada declinaba el navío de la línea, á punto de llevar trazas de separarse ó de huir; no pudo tolerar esto el pundonoroso Galiano, ordenó orzar para entrar bien en la línea, y en esta peligrosa maniobra, lloviendo las balas sobre su navío, le llevó una la parte superior de la cabeza. Su cadáver fué arrojado al mar: murieron ochenta y dos hombres de aquella tripulación y salieron heridos noventa. ¿Es esto huir?

El *Montañés*, de setenta y cuatro cañones, tuvo su comandante Alcedo, su segundo y cuarenta y siete individuos muertos, con cuatro oficiales y veinticinco hombres heridos. Se batió á retaguardia contra fuerzas muy superiores. Alcedo recibió un balazo de lleo en la espalda, que le dejó muerto en el acto: murió su segundo Castaños. Regresó á Cádiz todo destruido. Tampoco esto es huir.

El *Argonauta*, también de setenta y cuatro cañones, mandado por el capitán de navío don Antonio Pareja, se batió vigorosamente: se le hundió la cubierta del alcázar, y se fué á pique el día siguiente de la acción. Murieron en él un oficial y setenta y ocho individuos. Salieron heridos dos oficiales y noventa y cuatro hombres. ¿Es esto abandonar el puesto de honor?

¿Y qué hacían entretanto el *Montblanc*, el *Duguay-Trouin*, el *Formidable* y el *Scipión* de la división francesa de Dumanoir? Bien sabido es: en esta división había tres navíos españoles, el *Neposuno*, el *Rayo* y el *San Francisco*, y estos navíos acudieron con preserteza al punto del peligro para participar de la suerte de sus compañeros, obedeciendo, llenos de pundonor, las señales del almirante en jefe, ¡mientras Dumanoir con sus navíos franceses se alejaba fingiendo no percibirlos!!!

Por último, lleva el autor francés su descaro hasta el punto de suponer que abandonaron el teatro del combate el *San Juan Nepomuceno* y el *San Ildefonso*; pero ¿qué vindicación puede hacerse de estos navíos que sea digna de los inmortales Churrucá y Vargas que los mandaron, y que no aparezca descolorido al lado de los respetuosos y elocuentes obsequios que ambos navíos merecieron de sus mismos enemigos los ingleses? Si la heroica muerte del primero, de todos conocida, y las gloriosas heridas del segundo no son para Mr. Thiers pruebas bastantes de su inimitable arrojo y honor acrisolado, y hechos que le persuadan la imposibilidad de haber cometido aquellos valientes la cobardía que les imputa,

los navíos españoles, que podían éstos tal vez ser los primeros incendiados; así lo decían al menos los hombres juiciosos del ejército y de la marina, añadiendo que se exponía á la división del marqués de la Romana, que estaba en el Norte, á que expiase cualquier acto de barbarie que se cometiese con los marinos franceses. Pero la razón y la humanidad tenían á la sazón pocas probabilidades de aquiescencia.

Convocada nuevamente al otro día la junta de generales por el marqués del Socorro, se adhirió en todo á los deseos del pueblo; muchos de sus individuos en sus conversaciones particulares habían ya cobardemente echado la culpa al marqués de la aparente resistencia de la víspera. Pero faltaba resolver lo que se haría con respecto á la grave cuestión del ataque inmediato contra la escuadra francesa, y esto incumbía principalmente, más bien que á los oficiales del ejército de tierra, á los oficiales de marina, los cuales declaraban unánimemente que había grande exposición de incendiar los buques españoles sin que lograrse su desahogo la ira popular. Al anunciarse en la plaza pública este dictamen de hombres entendidos, se agavilló de nuevo el populacho delante de la casa del desgraciado Solano: pidióle razón inmediata de aquella obstinada resistencia contra el anhelo general, y le envió tres diputados para que se entendiese con ellos. Uno de éstos se asomó á una de las ventanas para dar cuenta de su cometido, mas no logró hacerse entender por el tumultuoso gentío, que creyó, ó fingió creer, que se le rehusaba la satisfacción pedida, y forzó con ímpetu la casa. En tan grave peligro, se refugió el marqués en casa de un irlandés amigo suyo, establecido en Cádiz, que vivía allí cerca; pero fué por desgracia descubierto y delatado por un fraile que le siguió los pasos, y perseguido por aquellos forajidos fué herido en los brazos de la valiente y digna esposa de su amigo que quiso librarle del furor de sus asesinos, llevado á la muralla acribillado de heridas y derribado por fin de un golpe mortal que recibió con toda la serenidad y nobleza propias de un militar honrado. Así era como se ensayaba el pueblo español para resistir á los franceses, empezando por degollar á sus generales más ilustres.

Fué aclamado capitán general de Andalucía D. Tomás Morla, adulator hipócrita del vulgo, que encubría con su aparente altivez una cobarde sumisión á toda clase de poderes, y entró inmediatamente en negociaciones con el almirante Rosily, intimándole por fin la rendición. Declaró el valiente almirante francés que no se rendiría sino después de haber defendido hasta el último trance el honor de su pabellón; pero Morla trató de ganar tiempo, no atreviéndose á oponerse al pueblo ni á atacar á los franceses, y procurando entretanto que los buques tomasen una posición menos peligrosa de la que tenían. Tuvo también Cádiz su junta de insurrección que aceptó la supremacía de la de Sevilla y entabló comunicaciones con los ingleses. El gobernador de Gibraltar, sir Hew Dalrymple, que mandaba las fuerzas británicas en aquellos mares y que observaba solícito

vuelva la vista á Gibraltar, donde todavía dura la memoria del respeto con que los compañeros de Nelson trataron á don José Vargas y á los ciento treinta heridos de su tripulación, y donde hasta hace pocos años brillaba con letras de oro el nombre de CHURRUCA en el casco del *San Juan Nepomuceno*. (N. del T.)

todo cuanto ocurría en España, había ya enviado emisarios á Cádiz para negociar una tregua y ofrecer con la amistad de la Gran Bretaña auxilios de mar y tierra, y una división de cinco mil hombres que acababa de llegar de Sicilia. Aceptaron los españoles la tregua y los ofrecimientos de alianza; pero nada se atrevieron á resolver sobre una medida tan grave como la admisión de una escuadra inglesa en sus puertos, porque los recuerdos de Tolón hacían recobrar el juicio á los poseídos de más ciega exaltación.

Mientras esto ocurría en Cádiz, el emisario enviado al campo de San Roque tuvo la suerte de ser bien recibido por el general Castaños, á quien destinaba la fortuna una gloria superior á sus esperanzas y tal vez á sus mismos deseos. Como todos los militares españoles de aquella época, no sabía el general Castaños del arte de la guerra más que lo que se sabía bajo el antiguo régimen y eso en el país más atrasado de Europa; pero si no llevaba ventaja á sus paisanos en experiencia militar, era superior á ellos como político sagaz, lleno de juicio y de astucia, que no participaba de las pasiones salvajes del pueblo español. Su primer juicio acerca de la insurrección había sido severo, como el de todos los otros comandantes militares sus compañeros: había tenido explicaciones francas con el coronel Rogniat, enviado á Gibraltar para inspeccionar aquella costa, y había al parecer aceptado gustoso la regeneración de España por mano de un príncipe de la casa de Bonaparte, hasta tal punto que la administración francesa que gobernaba á Madrid, esperando la llegada de José, podía contar con él. Pero cuando vió que el levantamiento se había hecho tan general, tan violento y tan imperioso, y que el ejército estaba dispuesto á secundarle, se sometió sin vacilar á los mandatos de la Junta de Sevilla, pesándole en lo íntimo de su corazón, pero sin demostrarlo, la conducta que aparentaba seguir en público con calor y convicción. Había en el campo de San Roque de ocho á nueve mil hombres de tropas regladas; otras tantas en Cádiz, sin contar los cuerpos diseminados por el resto de la provincia: lo que hacía un total disponible de quince á diez y ocho mil hombres de tropas organizadas, aptas para servir de sostén al levantamiento popular y de núcleo á un numeroso ejército de insurgentes. Al conferir á D. Tomás Morla el cargo de capitán general, se reservó á Castaños el mando superior de las tropas, que se vió en la precisión de aceptar, obedeciendo la orden que se le había dado de reconcentrarlas entre Sevilla y Cádiz.

Siguieron el ejemplo de Sevilla todas las ciudades de Andalucía: Jaén y Córdoba se declararon en insurrección y admitieron la dependencia de la Junta de Sevilla. Córdoba, situada en el alto Guadalquivir, confió el mando de los insurrectos á un oficial encargado comúnmente de la persecución de los contrabandistas y bandidos de Sierra Morena: llamábase Agustín de Echevarri, y estaba muy avezado á la guerra de partidas, propia de las famosas montañas que guardaba. Convirtió en soldados á los bandoleros que tenía costumbre de perseguir, agregándoles los aldeanos de la alta Andalucía, y se encaminó con ellos hacia los desfiladeros de Sierra Morena para estorbar su acceso á los franceses.

Resintióse de la conmoción general la Extremadura, provincia retirada, más concurrida por la ganadería que

por el comercio, donde el espíritu de innovación había penetrado menos que en las otras y más enérgico duraba el odio á los extraños. Aunque poderosamente agitada con la noticia de las abdicaciones y el rechazo de la insurrección de Sevilla, no se pronunció hasta el 30 de mayo, fiesta de San Fernando.

Enojóse el pueblo de Badajoz, lo mismo que el de la Coruña, de no ver izada sobre los muros de la plaza la bandera con la efigie del Santo, y de no oír el cañón que todos los años hacía salvas á dicha solemnidad. Agolpóse en las baterías y sorprendió á los artilleros junto á las piezas sin atreverse á dispararlas, y entonces una mujer llena de ardimiento, afeando su conducta, le arrancó á uno de ellos la mecha de las manos y disparó el primer cañonazo. Conmovióse á la señal la ciudad toda, amotináronse sus habitantes, corrieron según costumbre á la casa del gobernador, que era el conde de la Torre del Fresno, con intento de que se uniese á ellos ó de matarle. Era el conde militar cortés, de genio apacible, sospechoso como amigo del príncipe de la Paz y tenido por contrario á la temeraria idea de un levantamiento general contra los franceses. Empezaron á tratar con él, y se disgustaron en breve de sus promesas ambiguas; la llegada de un correo portador de pliegos ocurrida á la sazón hizo aumentar las sospechas; supusieron que aquellos pliegos eran comunicaciones de Madrid, es decir, de la autoridad francesa, que según la voz pública ejercía en el ánimo del capitán general más imperio que las inspiraciones del patriotismo español, y esto bastó para que fuese allanada su morada, obligándole á huir de ella. Persiguiéronle hasta un cuerpo de guardia donde se había guarecido y le asesinaron en los brazos de sus mismos soldados. Después de la muerte de este desgraciado se instaló una junta, que aceptó sin titubear la supremacía de la de Sevilla: se llamó al pueblo á las armas, distribuyéronse todas las que había en el parque de Badajoz, y con motivo de estar cerca de Elvás, tocando con la frontera de Portugal, donde se hallaba acantonada la división de Kéllermann, destacada del cuerpo de ejército del general Junot, se hizo un llamamiento general á todos los habitantes que quisieran concurrir voluntariamente á la reparación de sus muros. Las tropas españolas que habían entrado en Portugal fueron invitadas á desertar: la ciudad de Badajoz les brindaba con un asilo seguro y con un empleo digno de su lealtad.

Sublevóse también Granada, á la otra extremidad de las provincias meridionales; pero como en las otras provincias menos ocasionadas á disturbios, fué allí preciso que á la novedad de las abdicaciones acompañase otra ocasión oportuna, como la fiesta de San Fernando, para que se declarase. Había dado señales de agitación como toda la España en general, cuando un oficial de la Junta de Sevilla entró con gran rumor en la ciudad el día 29 de mayo, concitando á aquel pueblo ya predispuesto para graves disturbios, y condujo el gentío á la casa del capitán general Escalante. Éste, tímido y prudente, se sobrecojió al escuchar la proposición que le dirigía el enviado de la Junta de Sevilla, reducida nada menos que á insurreccionarse y declarar la guerra á la Francia. Prometió dar la respuesta á las veinticuatro horas, que caían cabalmente en la fiesta de San Fernando: amotinado el pueblo, pidió que saliese en pro-

cesión el Santo; después, no contento con el Santo, pidió á su rey prisionero, al cual proclamó con el nombre de Fernando VII; en seguida obligó al gobernador general Escalante á que formase una junta de insurrección presidida por él; dispúsose acto continuo el levantamiento en masa, y siguió la declaración de guerra. Fué enviado á Gibraltar en recuesta de armas y municiones D. Francisco Martínez de la Rosa, joven profesor de la universidad á la sazón, después embajador y ministro, á quien con toda solícitud se concedieron, sirviendo para regimentar al punto gran número de habitantes que se reunían diariamente á aprender el ejercicio militar. Dijimos que había tres soberbios regimientos de suizos, uno en Málaga, otro en Cartagena y otro en Tarragona: quería Napoleón concentrarlos en Granada para situarlos en el camino real de Andalucía, con el objeto de que pudiera recogerlos al paso el general Dupont, que había ya recogido los dos de Madrid; creía que poniendo estos cinco regimientos en contacto con los franceses, seguirían dócilmente su impulso; pero frustró esta combinación la sublevación que se había efectuado en Granada, de cuyas resultas el regimiento de Málaga fué trasladado á aquella ciudad y el gobernador de Málaga D. Teodoro Reding, que era suizo de origen, fué nombrado comandante general de las tropas de la provincia.

Corrió la sangre bárbaramente, tanto en aquellas como en las demás regiones. En Málaga fueron asesinados el vicecónsul francés y otro personaje español: en Granada D. Pedro Trujillo, antiguo gobernador de Málaga, tildado por sus relaciones de amistad y parentesco con las señoritas de Tudó, fué arrestado y llevado á la Alhambra por exigencia del populacho. Deseosa la junta de salvarle, decidió que fuese puesto en prisión más segura; mas habiéndose apoderado de él al hacerse su traslación, fué vilmente asesinado y arrastrado por las calles. Otros dos personajes sospechosos, el corregidor de Vélez Málaga y un tal Portillo, sabio economista protegido por el príncipe de la Paz para introducir el cultivo del algodón en Andalucía, fueron también presos en obsequio á las mismas exigencias, si bien los sacaron fuera de la ciudad y los depositaron en una cartuja, donde creyeron tenerlos más á recaudo. Por su desgracia los monjes que la habitaban, aprovechando la ocasión de un día de fiesta, en que acudió como de costumbre el pueblo á comprar y beber su vino, excitaron á la gente baja á que asesinasen á los dos infelices detenidos en su convento, y unos cuantos hombres ebrios lo ejecutaron. El desgraciado corregidor de Vélez Málaga y el sabio Portillo perecieron cosidos á puñaladas. La destrucción y el asesinato eran en todas partes el preludio que mancillaba el glorioso secudimiento de la nación española. No lejos de Granada, en la ciudad de Jaén ya sublevada, se inauguraba la revolución con un crimen odioso: para librarse de su corregidor, sus habitantes le habían enviado á Valdepeñas y allí fué arcabuceado por los lugareños de la Mancha.

Cartagena había enarbolado el estandarte de la insurrección antes de todos los levantamientos que acabamos de referir. Hízolo el día 22 de mayo, con el doble objeto de proclamar al verdadero rey y libertar la escuadra española, al recibir la noticia de las abdicaciones y de la llegada del almirante Salcedo, que iba á

partir para llevar desde las Baleares á Tolón la armada que ya había salido á la mar.

Formóse inmediatamente una junta, se dispuso el levantamiento en masa, y se envió contraorden á la escuadra. El pronunciamiento de Cartagena ponía á disposición de los sublevados considerable número de armas y municiones de guerra, que inmediatamente se distribuyeron por toda la comarca vecina. Al llamamiento de Cartagena respondió Murcia dos días después, es decir, el 24 de mayo. Reuniéronse los voluntarios de ambas provincias bajo las órdenes de D. Gonzalo de Llamas, antiguo coronel de un regimiento de milicias, encargado de dirigirlos: se señaló para punto de reunión el Júcar, con objeto de darse la mano con los valencianos.

Porque, en efecto, Valencia acababa de sublevarse también aquel mismo instante, señalándose con sangrientas escenas. La rica y populosa Valencia, asentada en medio de su floreciente huerta, alegaba la misma supremacía que Sevilla y Granada y el mismo derecho á dirigir el movimiento nacional. Sus pobladores, activos, ardorosos y turbulentos, no eran capaces de ceder á los de ninguna otra provincia; así que se sublevaron el mismo día que recibieron el correo con la noticia de las abdicaciones. Un tribuno improvisado leyó en una de las principales plazas de la ciudad al gentío en ella reunido la *Gaceta de Madrid* que contenía aquel suceso, é hizo trizas el papel exclamando: ¡*Mueran los franceses!*; ¡*Viva Fernando VIII!* Apinóse el pueblo á su alrededor y corrió en busca de las autoridades para obligarlas á seguir su impulso; pero quisieron ante todo tener caudillo y eligieron un fraile franciscano, llamado el Padre Rico, hombre ádaz y elocuente, á quien pusieron á su cabeza para ir á convencer á las autoridades. En esta conformidad fueron á casa del capitán general, conde de la Conquista, á quien hallaron, como todos los capitanes generales, poco inclinado á darles gusto, tanto por prudencia como por aversión á los tumultos. Leváronse, aunque sin asesinarle, reservándose hacer otra cosa de allí á poco tiempo; pasaron en seguida al *Acuerdo*, que era el tribunal principal de la provincia, y dictaron á los magistrados sus resoluciones llevando la palabra el P. Rico, que hablaba, disponía y decidía en nombre de todos. Se resolvió y llevó á efecto inmediatamente la formación de una junta, en que tomaron asiento con los más viles instigadores de las calles y plazas públicas los principales magnates del país. No se creyó al conde de la Conquista dotado de bastante celo ni de la energía necesaria, y se eligió para el mando de las tropas al conde de Cerbellón, grande de España muy arraigado en la provincia. Dispúsose el levantamiento en masa, y se pidieron armas á Cartagena, que las envió en seguida.

Todo hasta entonces iba bien por lo tocante á los levantamientos y al patriotismo; pero las autoridades, aunque supeditadas, parecían al pueblo sospechosas; porque efectivamente sólo á su pesar habían secundado aquel movimiento, que creían funesto, por cuanto ponía á la España en la dura alternativa de optar entre los ejércitos franceses por un lado y un populacho rabioso por el otro. Para asegurarse acerca de los despachos que dirigían á Madrid, interceptaron los sublevados un correo, cuyos pliegos llevaron á casa del conde de Cer-

bellón, con objeto de leerlos en presencia del pueblo reunido. Eran efectivamente aquellos partes de tal naturaleza, que ellos solos bastaban para hacer quitar la vida á los funcionarios de más elevada categoría, puesto que su contenido se reducía á pedir á Madrid auxilio contra el pueblo sublevado; mas advertida del peligro una hija del conde de Cerbellón, de ánimo varonil, allí presente, arrebató por su mano los papeles y los hizo pedazos á vista de aquel gentío, que contempló atónito la acción heroica de la noble doncella. ¡Espectáculo extraordinario por cierto el de esa nación, que dotada, como todos los pueblos aún primitivos, con los vicios y las virtudes del estado de naturaleza, asociaba á los ejemplos del más noble desinterés los de la más atroz barbarie!

Pero el pueblo valenciano tomó en breve un desquite sangriento. Habíase notado que D. Miguel de Saavedra, barón de Albalat, que era uno de los personajes más distinguidos de la provincia, asistía muy poco á las reuniones de la junta, de que había sido nombrado individuo. La causa de su ausencia tan frecuente era que, siendo coronel de milicias había tenido años atrás que mandar hacer fuego contra el populacho para restablecer el orden. Este recuerdo le hacía vivir intranquilo y solía pasar su vida en el campo. Esparcióse de repente el rumor de que el barón de Albalat era traidor á la causa de la insurrección: fué buscado en su quinta, llevado á Valencia y conducido á casa del conde de Cerbellón, donde los que por él se interesaban se prometían que estuviese más seguro. Acudió el P. Rico á ponerle en libertad; mas el conde de Cerbellón, menos valiente que su hija, no se mostró muy dispuesto á comprometerse por un antiguo amigo que ponía en sus manos su vida: le mandó á la ciudadela, de la que se había ya apoderado el pueblo, merced á la complicidad de las tropas, y donde hacinaban á todos los que querían libertar del furor de la plebe; pero á pesar del celo con que el P. Rico le sacó salvo de las calles de la ciudad entre un populacho sediento de sangre, poniéndose á la cabeza de la escolta para defenderle, al llegar á la plaza principal, las turbas, más numerosas y compactas, consiguieron romper el cuadro de soldados en medio del cual iba el malhadado Albalat, y arrancándole de los brazos que le defendían, le asesinaron despiadadamente paseando después su cabeza clavada en una pica.

General fué la consternación que esto produjo en Valencia, principalmente entre las clases elevadas, que se veían tratadas con desconfianza como la nobleza francesa de 1793. Para conjurar las sospechas de que eran objeto, empezaron á multiplicar sus donativos voluntarios y á acudir á los nuevos alistamientos; mas ni con estas demostraciones lograban aplacar la desconfianza y la cólera del pueblo, que aumentaban cada día. Era ya evidente que la sangrienta rabia del populacho no se contentaría con una sola víctima. El franciscano Rico veía ya su autoridad considerablemente mermada por un rival: era éste el fanático canónigo Calvo, que acababa de llegar de Madrid, y cuyas pasiones había exaltado una controversia de jesuitas contra jansenistas, en que sostuvo la causa de los primeros. Había ido á Valencia dirigido por el móvil aparente de tener campo más dilatado en que explayar sus rencores: afectaba la mayor devoción, tardaba en decir misa mucho más que

otro ninguno, y había llegado á cautivar al populacho, que le tenía por su ídolo. Adoptó Calvo el tema habitual de todos los que se proponen en las revoluciones adelantarse á los primeros motores, y acusó al P. Rico de tibieza. Había en la ciudadela de Valencia trescientos ó cuatrocientos franceses traficantes atraídos á esta ciudad por el comercio, y muchos de ellos, allí establecidos desde mucho tiempo atrás, habían sido llevados á aquella fortaleza por humanidad, para librarlos de la ferocidad del pueblo bajo; pero el atroz Calvo inspiró á una turba de fanáticos la idea de que la muerte de aquellos era el único holocausto grato á Dios y el único digno de la causa á que servían. Dudando empero poder penetrar en la ciudadela con aquella turba para consumir el crimen horrendo que meditaba, situó á sus asesinos junto á un postigo que daba al campo, entróse luego solo en la ciudadela, y fingiendo ademán y palabras de humildad, hizo creer á los franceses que todos iban á ser degollados si inmediatamente no se evadían por el postigo marchándose al Grao (1). Cediendo aquellos desgraciados á su consejo, tomaron todos, con sus hijos y mujeres, la funesta dirección que miraban como su única vía de salvamento; y no bien asomaron por aquella salida fueron inhumanamente inmolados á escopetazos, sablazos y cuchilladas. Hartos de sangre los asesinos, y ya cansados, pedían se perdonase la vida á unos sesenta que aún quedaban vivos: viendo Calvo desfallecer el ánimo de sus sicarios, aparentó ceder á sus ruegos y se encargó de acompañar á las sesenta víctimas libertadas; pero las condujo á un paraje extraviado donde otra turba de refresco completó el execrable sacrificio. ¡Así expiaban nuestros infelices compatriotas los errores de su gobierno, sin tener la menor parte en ellos!

Todos, menos la hez del populacho, experimentaron en Valencia la mayor pesadumbre por tan inaudita barbarie. Al día siguiente, avergonzado el P. Rico de semejantes actos que deshonoraban la causa de la revolución, trató de denunciar ante la pública probidad los crímenes de Calvo: nada consiguió; Calvo tuvo más prestigio, y el P. Rico se vió precisado á ocultarse. El más cruel fué descaradamente proclamado individuo de la junta, con escándalo sumo y con sumo espanto de todos los hombres honrados. Ocho franceses solamente se habían librado como milagrosamente de la matanza general: no sabiendo dónde refugiarse, fueron á ponerse á los pies de su tirano, en el seno mismo de la junta; pero el implacable Calvo consintió ó dispuso que los matasen, y los que componían la junta, salpicados con su sangre inocente, huyeron despavoridos y llenos de horror.

Pero aquellos espantosos crímenes produjeron su reacción; el P. Rico recobró aliento, salió de su retiro, se presentó en la junta, acometió á Calvo de frente, le denunció, le redujo á la defensiva, logró hacerle titubear y obtuvo su prisión. Llevado primero á las Baleares, vuelto después á Valencia, fué juzgado, condenado y estrangulado en su calabozo. Los hombres de bien recobraron algo de su ascendiente sobre los forajidos que

(1) El texto francés dice que situó Calvo á sus sicarios junto á una poterna que daba á la ribera del mar; lo que es inexacto, porque de la ciudadela de Valencia al mar hay considerable distancia. La poterna ó postigo de que se habla daba al campo en la dirección del Grao, que es el verdadero puerto. (N. del T.)

habían estado avasallando á Valencia: todos estaban persuadidos de que tendrían que defenderse en breve de la justa venganza de los franceses, y su celo por el armamento general hacía olvidar algún tanto, si bien no los justificaba, los crímenes atroces de que acababa de ser Valencia odioso teatro.

Siguieron el común impulso todas las ciudades de aquella parte del litoral, como Castellón de la Plana, Tortosa y Tarragona. Anhelaba también sublevarse la poderosa Barcelona, ciudad tan poblada como la capital de España y acostumbrada, si no á mandar, por lo menos á no obedecer. Al recibirse en ella la noticia de las abdicaciones, que llegó el día 25 de mayo, se rasgaron todos los bandos dados al público: un inmenso gentío cubrió los parajes más concurridos, brotando cólera el corazón y rencor de muerte los ojos. El general Duhesme, sin embargo, puesto á la cabeza de doce mil hombres, la mitad franceses y la otra mitad italianos, reprimió el movimiento, y desde lo alto de la ciudadela y del fuerte de Montjuich amenazó incendiar la ciudad si se rebelaba. Tembló Barcelona bajo aquella mano férrea, pero no trató de disimular su coraje. Murat, lleno siempre de ilusiones con respecto á España, había devuelto á los catalanes las armas que les quitó Felipe V, en premio de su aparente sumisión: correspondieron ellos á esta prueba de confianza comprando inmediatamente cuantos fusiles y cuantas municiones había de venta en los públicos almacenes, y lo mismo los lugareños montañeses que los habitantes de las grandes poblaciones se deshicieron de todos sus objetos más preciosos para proporcionarse medios de adquirir armas. El menor accidente causaba ya conmoción en Barcelona. Acertó un día á desprenderse una piedra del fuerte de Montjuich lastimando á un pescador: dijose al momento que este pobre hombre había sido herido por los franceses; pusieronle en unas angarillas y le pasearon por toda la ciudad para excitar la indignación pública. Reprimió la presencia de nuestras tropas este reciente desorden; pero otro día, un pito de un regimiento italiano advirtió que un español pequeñuelo se burlaba de él remedando su postura: sacó el pito el sable para imponerle respeto, y se originó un nuevo tumulto que amagó hacerse general y formidable. También esta vez logró el ejército francés refrenar la insurrección con su imponente aspecto. No contribuía poco á exasperar á los españoles la indisciplina de las tropas italianas, menos severas que las nuestras con su propio decoro. Viéndose, pues, tan embarazados y vigilados, dispersáronse los más revoltosos por Valencia, Manresa, Lérida y Zaragoza, y Barcelona permaneció, si no precisamente reconciliada con los franceses, por lo menos tranquila.

Insurreccionáronse las otras ciudades de Cataluña, como Gerona, Manresa y Lérida. Otro tanto hicieron los pueblos y aldeas, aunque estando sujeta Barcelona no podía la Cataluña emprender cosa formal: prueba evidente de que si se hubieran tomado mejor las precauciones, y se hubiesen situado fuerzas suficientes y en tiempo oportuno en las principales ciudades de España, la insurrección general hubiera podido reprimirse, si no evitarse del todo, debilitando considerablemente su progreso.

Zaragoza por fin, la inmortal Zaragoza, fácil es adivinarlo, no fué la última por cierto en responder al grito